

bres, tanto de religiosos como de religiosas. Fundó una multitud innumerable de monasterios, de casas de piedad y de caridad de toda especie. Ni fué menos liberal con las iglesias. Nacido para el fausto y con un alma grande, quería mas bien, segun decia algunas veces, señalar su magnificencia por la Religion que por el mundo y la vanidad. Hacia brillar tambien la magestad Real con todo el esplendor propio para hacerla respetar, no solo en los dias de ceremonia, sino en el estado habitual de su corte, en la que fué constantemente servido con mas dignidad que lo fueron sus predecesores. La verdadera piedad tiene siempre por guia á la sabiduria, y la virtud, apartada constantemente de los extremos viciosos, no altera nunca el orden de las condiciones.

Dispuesto ya todo para la cruzada, dirigióse el rey como en su primer viage ultramarino, al puerto de Aguas-muertas (1270); y de allí, al cabo de ocho dias de navegacion, llegó á Cagliari en Cerdeña, donde se reunió la flota de los cruzados. Celebraron un consejo para determinar el lugar donde habian de principiar las hostilidades, y giró la cuestion sobre tres puntos diferentes, Acre, Alejandria y Tunez. Opinó el piadoso monarca que era mejor el último. Muchas personas dignas de crédito le habian afirmado que el rey de Tunez se inclinaba á hacerse cristiano; y los embajadores que este mismo príncipe le envió poco despues le confirmaron en esta persuasion. En el ardor de su celo les habló en semejantes términos (1): «Decid al rey vuestro amo que pasaria yo gustoso el resto de mis dias en las cadenas, con tal que él y su pueblo abrazasen de buena fé el cristianismo.» Entre los señores que gozaban su confianza,

(1) Dáchesné, tom. 3, pag. 461.

esclamaba á menudo con entusiasmo: ¡oh! si pudiese yo algun dia verme padrino de tal ahijado! No fué sin embargo este el único motivo que hizo marchar á este hábil príncipe contra Tunez. Tambien le manifestaron que si aquella ciudad resistia, no fuera difícil reducirla: por otra parte, que en ella abundaba toda clase de riquezas, por no haber sido tomada nunca, y que ofrecia á los cruzados recursos inestimables; y en fin, que el sultan de Egipto sacaba de aquel pais excelente caballeria que constituia la fuerza principal de sus ejércitos. Mas sea lo que fuere de la exactitud de estas medidas, el Señor tenia designios muy diversos de los designios de los hombres: jamás mostró de un modo tan palpable los movimientos que imprime algunas veces en los pueblos y en los imperios para consumir la santificación de uno de sus escogidos de cierto orden.

No era la tierra la que habia de ser teatro de los triunfos del celo de San Luis por la propagacion de la fé y de tantas virtudes propias de rey y de cristiano. Habia reunido, por decirlo así, en su primera expedicion contra los infieles todos los materiales preciosos que debian entrar en la corona de su inmortalidad: esta segunda empresa debia servir para purificarlos de lo que pudieran tener de terrenal, sin ser de mas consecuencia que la primera para la reduccion ó conversion de los enemigos de la fé. Habiendo desembarcado en Africa el ejército cristiano á vista de un sin número de sarracenos que al punto huyeron hácia las montañas, el rey de Tunez se creyó en el mayor riesgo, y todas sus ideas de conversion, ya fueran bien fundadas, ó ya presumidas ligeramente, se desvanecieron para no dar lugar mas que á los propósitos insensatos del terror. Mandó decir á los vencedores, que si atacaban la ciudad, haria degollar á todos los cristianos que se

hallaran en sus Estados (1). No se detuvieron en tomar á Cartago, vecina de Tunez que se habia arrogado el esplendor y la dignidad de aquella antigua capital del Africa. Pero las enfermedades que habian principiado entre los franceses antes de su desembarco, se aumentaron en gran manera por la fatiga, el mal alimento y los calores excesivos de aquellas regiones durante la campaña. Juan Tristan, conde de Nevers é hijo de Luis, murió el dia 3 de agosto. El legado Radulfo de Chevriers murió el 7. El conde de la Marca, los señores de Nemours, de Vandoma, de Montmorenci y de Brissac fueron arrebatados en cuatro dias.

El mismo rey se vió acometido de una disenteria y de una fiebre ardiente que en breves dias le redujeron al último apuro. Antes de su viaje habia otorgado su testamento, en el que se halla en sustancia toda la caridad y piedad que le habian animado desde que tuvo uso de razon. Al conocer que el Señor le llamaba para sí, dió por escrito á Felipe, su hijo mayor, una instruccion (2) que no es mas que un compendio de los admirables principios que le habian dirigido toda su vida, tanto para la santificación de su alma, como para la felicidad de sus pueblos: dos objetos que este príncipe, lleno, si alguno lo estuvo jamás, del don de inteligencia y de consejo, no separó nunca y cuya estrecha conexion quiso mostrar en circunstancias tan propias para causar fuertes y duraderas impresiones. Recibió luego los Sacramentos de la Iglesia, y en particular el Santo Viático, con una fé tan viva que escitó la de todos los asistentes. Preguntándole el sagrado ministro si creia firmemente que aquel que tenia en sus manos era el Cuerpo de Jesucristo, exclamó: *no lo creeria mejor, aun cuando lo viera con todo el*

*esplendor con que subió á los cielos.* Declinando cada vez mas sus fuerzas, solo se ocupó en el cuidado de su eternidad, pero sin separarle nunca del amor de sus pueblos. En el mismo dia de su muerte le oyeron aun pronunciar estas palabras: *Señor, tened piedad de este pueblo que dejo en vuestras manos.* Despues de lo cual pronunció este verso del Salmista: *Señor, entraré en vuestra casa, os adoraré en vuestro santo templo y glorificaré vuestro santo nombre.* Cruzando luego los brazos sobre el pecho y levantando los ojos al cielo, espiró dulcemente sobre la ceniza, donde se habia hecho poner, el dia 25 de agosto del año 1270, cincuenta y cinco de su edad.

Apenas hubo entregado su espíritu, cuando llegó su hermano el rey de Sicilia. Carlos entró lloroso en la tienda del santo rey; pero su dolor se mudó al instante en una veneracion religiosa. Postróse á los pies del Santo, cuyo rostro fresco y agradable como en plena salud, manifestaba ya las señales de la gloria de que su alma gozaba en el cielo. Por espacio de seis semanas continuó el rey Carlos la guerra con las tropas numerosas de refresco que habia traído, y batió á los sarracenos todas las veces que osaron hacerle frente. Habria podido apoderarse tambien de Tunez; pero no mirando esta conquista con igual interés que su santo hermano, y comenzando la peste á hacer el mismo estrago en ambos ejércitos, ajustó una tregua de diez años, enteramente ventajosa á los cristianos. Entre otras condiciones onerosas, los infieles, por los gastos de la guerra, se sujetaron á una suma mas considerable en un tercio que el rescate pagado en otra ocasion por los franceses en Egipto.

Al acabarse de ajustar esta tregua, llegó Eduardo, hijo mayor del rey de Inglaterra, con un nuevo ejército y gran número de señores ingleses. Mostró gran descontento

(1) Spicil. pag. 550.

(2) Vid. Joinv. pag. 126.

por la tregua, y pasó lleno de ardor á Palestina, donde sin embargo no hizo cosa alguna memorable. Todos los asuntos de los cristianos estaban allí casi enteramente arruinados. Bondochar siguiendo en sus prosperidades y en su crueldad, había tomado, á mas de una infinidad de castillos, las ciudades de Jaffa y de Antioquia. En esta última hizo dar muerte á mas de diez y siete mil personas, y redujo mas de cien mil á la esclavitud (1268). Tal es la época de la ruina irreparable de esta ilustre ciudad, que por espacio de tanto tiempo fué la tercera del mundo y la primera del Oriente. En el mismo año de la llegada del príncipe Eduardo á Siria tomó el sultan las fortalezas de Carac y de Monforte. Así puede mirarse al fin de San Luis como el término de las cruzadas. Al cabo de un año, Eduardo volvió á Europa, y llegándole en Sicilia la noticia de la muerte del rey Enrique III su padre, se apresuró á ir á tomar posesion del trono.

Los franceses, siguiendo á su nuevo rey Felipe el Atrevido, volvieron tambien por Sicilia despues de haberse obligado á tomar otra vez las armas, dentro de tres años, contra los infieles. Trajeron consigo las reliquias de su santo rey; es decir, los huesos de los cuales habían separado las carnes. El rey de Sicilia había tomado una parte de los intestinos, y mandó sepultarlos en una iglesia de Palermo, donde no tardaron en hacerse famosos por la multitud de milagros. Así que llegó á Francia el rey Felipe (1271), llevó sobre sus hombros, desde Paris á San Dionisio, las reliquias de su padre, no menos ilustradas por los milagros que las de Sicilia. Muchos de estos milagros se refieren en la bula de Bonifacio VIII, que decretó culto público á este príncipe veinte y siete años despues de su muerte. Pocos dias despues del entierro del Santo se vió llegar tambien á San Dionisio el cuerpo de su hermano Alfonso, conde de Tolosa

y de Poitiers, muerto á su regreso de Túnez á Corneto, en Toscana, donde se había visto obligado á detenerse. Algunos dias despues, habiendo muerto de pena la condesa Juana su esposa sin dejar hijos, fué reunido el condado de Tolosa á la corona de Francia para ya no separarse de ella.

Hasta aquel entonces había estado sin pastor la Iglesia romana. Los cardenales, que seguían encerrados en Viterbo, dieron en fin por compromiso á seis de ellos los poderes para elegir un Papa. El 1.º de setiembre de este año de 1271 (1) eligieron unánimemente á Thealdo ó Teobaldo, nacido en Plasencia, de la distinguida casa de Visconti, el que hasta entonces no era mas que arcediano de Lieja y había ido por devoción á los Santos Lugares. El conocimiento que tenía de las necesidades de Tierra Santa y su celo por el remedio, son los mas señalados entre los motivos que los cardenales alegaron en su favor para elegirle, en la carta de aviso que le enviaron con su decreto. En 27 de octubre aceptó, y desde ese dia se principia á contar el tiempo de su pontificado: tomó el nombre de Gregorio X, y partiendo sin tardanza llegó á Italia el primer dia del año 1272. Dedicó los dos meses siguientes casi enteros á los asuntos de Tierra Santa, y ni aun quiso ir en derecha á Roma, temiendo que de ellos le distrajeran la atención otros cuidados.

Despues de haber sido consagrado y ordenado allí en 27 de marzo, mandó expedir sin dilación una carta circular á los obispos para la convocacion de un Concilio ecuménico, cuyas causas principales, á mas de los vicios y errores alegados comunmente, eran el cisma de los griegos y el riesgo de los fieles de Palestina. El emperador Miguel Paleólogo, político muy fino y que sabía

(1) Rain. ann. 1271.

dominarse á sí mismo, se había captado la benevolencia de los Papas Urbano y Clemente, reconociéndolos en sus cartas y por sus enviados por gefes de la Iglesia universal, y prometiendo restablecer la antigua union entre todas las iglesias; para lo cual, añadia diestramente, no hallaba óbice alguno desde que los griegos habían vuelto á entrar en Constantinopla. Instruido de que el rey Carlos de Sicilia había adquirido los derechos del emperador Balduino y que tomaba sus medidas para hacerlos valer, hizo nuevas instancias y muy eficaces al Papa Gregorio, á fin de contener estas empresas, poniéndose en el mismo rango que los soberanos sumisos en todo tiempo á la autoridad espiritual de la Santa Sede. A consecuencia de esto, el Papa le convidó como á los demas príncipes católicos á concurrir con sus obispos al concilio general que debía tenerse en Lyon.

A fin de celebrarle con mas tranquilidad y con mas fruto, se aplicó cuidadosamente á restablecer la concordia entre los italianos, y á inspirar moderacion á los güelfos que abusaban de la preponderancia que habían recobrado sobre los gibelinos. Al efecto se valió útilmente del beato Ambrosio (1), del orden de frailes predicadores, hombre poderoso en obras y en palabras, y que reconcilió entre sí á todas las familias de Sena su patria. Igualmente trabajó Ambrosio en restablecer la paz entre los príncipes y los pueblos de Alemania, y se adquirió por todas partes la mas elevada veneracion. Ofrecieronle los Papas muchos obispados; pero los renunció constantemente de la misma manera que el de Sena su patria para el que había sido elegido con todas las formalidades canónicas. Tampoco quiso aceptar en su orden la menor superioridad. Sus virtudes le han merecido ser

(1) Boll. ad 20 Mart.

colocado en el Martirologio romano con el título de bienaventurado.

Juzgó Gregorio X que el medio mas eficaz de pacificar la Alemania, mas agitada aun que la Italia, era el de sacarla de la anarquía que la destrozaba desde Federico II, á pesar de la eleccion de tantos emperadores. Ricardo de Inglaterra había muerto en el mes de abril de 1271; al rey de Castilla le declaró el Papa Gregorio que sus pretensiones sobre el imperio no le parecían admisibles; é hizo reunir desde luego á los electores en Francfort (a). En 1.º de octubre de 1273 eligieron á Rodulfo, conde de Hapsbourg, descendiente de Ethicon de Alsacia, tronco comun de la casa de Lorena y de la segunda de Austria, que tomó este nombre cuando Rodulfo hubo investido á su hijo Alberto de este ducado quitado á Ottocario, rey de Bohemia. En este mismo año pasó Gregorio á Lyon para presidir personalmente el concilio.

En Oriente, Miguel Paleólogo preparaba á sus obispos para concurrir á él por su parte, y trabajó arduamente en vencer los obstáculos que preveía para la reunion. José, á la sazón patriarca de Constantinopla, y mas aun Juan Vecco, cartophilax, ó sea inspector de archivos y gran cancelario de la iglesia patriarcal, se opusieron fuertemente á su intento. El patriarca, anciano débil, hombre sencillo y sin letras y ciego juguete de cualquiera que se apoderaba de su espíritu, podía poco por sí mismo; mas Vecco era de un genio atrevi-

(a) Por tener Alonso X algun derecho á la corona imperial, le eligieron en 1257 varios príncipes alemanes que tal vez aspiraban á enriquecerse con los tesoros que por esta eleccion repartiéndose entre ellos el monarca español. Desde Castilla ejerció Alfonso algunos actos de soberano de Alemania, entre ellos el de dar la investidura del ducado de Lorena á Federico; pero cuando Rodulfo de Hapsbourg fué elevado al trono imperial, el sábio rey de Castilla se contentó con protestar esta eleccion, y por último á instancias de Gregorio X cedió sus derechos. (N. del E.)

do y capaz de todo, elevado, penetrante, profundo en todas las ciencias, las que no cesaba de cultivar; naturalmente elocuente y persuasivo, de aspecto respetable y uno de los hombres mejor formados de todo el imperio, tan hábil en el manejo de los asuntos como en las discusiones de doctrina, é ilustrado ya por otras negociaciones importantes en las que había correspondido plenamente á las esperanzas de su príncipe (1). Poseía en igual grado todas las buenas cualidades del alma, una virtud ejercitada en el heroísmo, un gran fondo de bondad y de rectitud natural, una franqueza, una ingenuidad casi desconocida en su nación y que sus compatriotas cismáticos, aun los mas obsecados, no han podido menos de confesar (2). Tan apasionadamente amaba la verdad, que luego que la había conocido le era como imposible el mas pequeño disimulo.

De acuerdo con el patriarca declaróse tan sin rebozo contra la reunion, que el emperador, escitado de un celo que hubo motivo para creer que era mas bien escésivo que fingido, le hizo poner en prision. Mas reflexionando luego acerca del carácter de Vecco, á quien la violencia no haría abandonar lo que había abrazado reputándolo por bueno, le envió un escrito compuesto por unos sabios teólogos, siendo los principales el arcediano Meliteniote, Jorge Metochita, y Jorge de Chipre. Mandóle decir al propio tiempo que no trataba de tiranizar su conciencia, pero que el amor á la verdad que le distinguía debía al menos inclinarle á ilustrarse por sí propio y á buscarla sin preocupacion alguna. Vecco no era uno de aquellos sectarios que absolutamente y sin mas consideracion se empeñan en que

(1) Nicéph. Greg. lib. 5.

(2) Georg. Pachymer. lib. 2, c. 19; lib. 3 cap. 24; lib. 5, c. 12 et 15.

el partido en que se han comprometido sea el mejor. Leyó pues este escrito detenidamente y sin preocupaciones segun había prometido. Buscaba con sinceridad aquella luz divina, que precede siempre á los que la desean, y su claridad lució al punto á sus ojos. Sorprendióse del gran número de autoridades de Padres griegos y latinos, en particular de San Atanasio, de San Cirilo y de San Máximo, que hacen proceder el Espíritu Santo del Padre y del Hijo, ó del Padre por el Hijo, lo que prueba así la union como la identidad de sustancia de las tres Personas Divinas. Incapaz de detener cautiva la verdad conocida, dijo sin melindres ni dilaciones, que si las copias y extractos que le habían sido presentados estaban conformes con los originales, haría gustoso lo que pedían de él. El emperador, satisfecho con una respuesta tan digna de la reputacion del que la daba, le puso al instante en libertad y le suministró los libros de los PP. que disiparon en breve el resto de sus dudas (1273).

Esta alma íntegra y fuerte una vez persuadida no vaciló ya en el buen partido, al que por su elocuencia y mas aun por su ejemplo volvieron casi todos los griegos y aun los prelados de Oriente que vivían bajo el dominio de los infieles. Sin embargo, el patriarca José ostentó toda la obstinacion de los genios de su esfera: pero el emperador convino con él en que se retiraría al punto á un monasterio con el goce de sus rentas; que si el asunto de la union no se concluía con los latinos, volvería á su Silla; mas que si llegaba á efectuarse, y él persistía en no consentir en ella, renunciaría para siempre el patriarcado; lo cual se verificó tiempo adelante, y Juan Vecco fué sustituido en su puesto. Respecto á los otros cismáticos obstinados, Miguel Paleólogo usó de un rigor mayor aun, y en verdad escésivo, al menos si no se considera

mas que el bien de la union; pues bajo otros puntos de vista no podemos menos de convenir en que sus cábalas, sus conventiculos, sus murmuraciones sediciosas, su union rebelde con la princesa Eulogia, hermana del emperador, y con Maria su hija, muger del príncipe de los búlgaros y cismática todavía mas acérrima que su madre; por último, sus ligas con los enemigos del Estado y con los mismos musulmanes les habían merecido los mas duros tratamientos (1).

Pero todos estos obstáculos no detuvieron en manera alguna el celo de Paleólogo. Despues de haber tomado entre sus súbditos las medidas y precauciones que le dictó su prudencia, no pensó ya sino en consumir su empresa por medio de los embajadores y prelados que hizo marchar para el Concilio de Lyon. Estos representantes del emperador Miguel y de su hijo Andrónico, asociado nuevamente al imperio, eran Jorge Acropolita, gran canceller; Pamareto, guarda-ropa mayor, y el gran intérprete Bertheotes, con algunos de los primeros senadores. El orden eclesiástico estaba representado por German, patriarca de Constantinopla antes que José, y opuesto siempre al cisma; Theóphanes, metropolitano de Nicea, y algunos de los eclesiásticos mas distinguidos del segundo orden, entre quienes Juan Vecco tenia sin contradiccion el primer lugar. Hicieronse á la vela á principios del mes de marzo de 1274, y el Papa, que había recibido aviso de ello, hizo en 7 de mayo en la iglesia de San Juan de Lyon la apertura del Concilio, contado generalmente por el catorce ecuménico.

Esta fué una de las mas numerosas y brillantes asambleas que se han visto en la Iglesia. A ella concurrieron quinientos obispos, setenta abades, mas de otros mil pre-

lados, y un número proporcionado de doctores, entre los que se admiraba en particular á San Buenaventura, creado poco tiempo antes cardenal obispo de Albano, y conducido por honor en la misma carreta del Sumo Pontífice. A semejanza del sol cuando llega á su ocaso, esta antorcha de la Iglesia despedía una claridad mas viva en los momentos de descender á las tinieblas del sepulcro. A mas de esta multitud de doctores y de prelados, veíanse junto con los embajadores de Francia, de Alemania, de Inglaterra y de otros muchos Estados católicos, los de los griegos, los de los mismos tártaros, y el rey de Aragon en persona.

Santo Tomás de Aquino fué invitado al Concilio lo mismo que San Buenaventura, y partió con algunas obras que había compuesto, propias para persuadir ó confundir á los griegos; pero estaba decretado que no había de llegar á él. Entonces enseñaba la teología en Nápoles, despues que el rey de Sicilia, quien había disputado con la universidad de Paris la posesion de este doctor incomparable, la obtuvo en indemnizacion de la resistencia de Tomás á aceptar el arzobispado de aquella ciudad (1). Este príncipe le asignó allí una pension de una onza de oro mensual, y el Santo continuó la tercera parte de *Su Suma* hasta el tratado de la penitencia que dejó imperfecto. Apenas hubo salido del reino de Nápoles, cuando cayó enfermo en Campania, y conoció que no se volvería á levantar. Retirándose á la abadía de Fossanova, del orden del Cister, dijo al entrar, en presencia de muchos monges, y aplicándose las palabras del Salmista: *este es el lugar de mi reposo, ésta es la morada que he escogido*. En efecto, murió en 7 de marzo de este año de 1274, despues de haber recibido los

(1) Pachym. lib. 6, cap. 1.

(1) Echard. Summ. pag. 217 et 265.